

EL INSTITUTO DE MEDICINA DEL TRABAJO

Fue la experiencia más importante hecha en Argentina en medicina del trabajo y exceptuando la “experiencia sindical italiana sobre lucha contra la nocividad en ambientes de trabajo”, sin exageración podríamos decir que quizás haya sido la más importante del mundo en ese momento, aún con su corta duración.

Resumiendo podríamos señalar tres pilares fundamentales como base de nuestra experiencia en el IMT:

- 1) trabajo multi e interdisciplinario;
- 2) investigación multicausal de los agentes de nocividad presentes en los ambientes y condiciones de trabajo capaces de alterar la salud de los trabajadores, unido tanto a un enfoque diagnóstico que partiese de un criterio tan poco usado por los médicos en los interrogatorios: preguntar al paciente trabajador “¿en qué trabaja?”; así como el recurso a pruebas complementarias (bioquímicas, electrofisiológicas, etc.) actualizadas;
- 3) participación de los trabajadores en estas investigaciones. No sólo para que describan sus condiciones de trabajo, sino para que su participación se constituya en la base de las acciones para erradicar los agentes de nocividad en el trabajo.

Participábamos en el proyecto, médicos clínicos, un par de médicos psiquiatras, una otorrinolaringóloga, psicólogos, sociólogos, ingenieros especializados en saneamiento ambiental y abogados. Además, como colaboradores externos contábamos con toxicólogos, bioquímicos y electrofisiólogos. Sólo uno de los médicos que colaboraron en el proyecto tenía el título de Médico del Trabajo, se trataba de un médico que había estado un año en la “Clínica del Lavoro” de Milán. No fue casual que no contásemos con médicos del trabajo, puesto que considerábamos que la medicina del trabajo que se enseñaba y se practicaba estaba muy lejos de lo que debía ser una correcta atención de la salud de los trabajadores y aún más de lo que debía servir para ejecutar una efectiva prevención primaria.

Varios de los médicos clínicos que participaban tenían una buena formación clínica, además de entusiasmo e identificación con los objetivos del proyecto. Todos éramos bastante jóvenes en aquel momento.

Personalmente contaba entonces con una aceptable experiencia clínica en expuestos a metales pesados ya que había comenzado a atender trabajadores con exposición a plomo desde mediados de 1970. Previamente había ejercido unos tres años en un hospital de enfermedades infecciosas en Córdoba (Hospital Rawson) que me permitió desarrollar una, digamos, “mentalidad epidemiológica”, hecho que favoreció e indujo a que me adentrara en el conocimiento de las condiciones de trabajo de mis pacientes expuestos a tales agentes tóxicos.

A Ricardo Saiegh se le debe el mérito de la creación del Instituto de Medicina del Trabajo a mediados de 1973. En el Boletín N° 1 del IMT podemos ver el contenido de su participación en una mesa redonda poco después de la creación del Instituto en la que se reflejan los objetivos fundacionales:

- Poner de relieve la gran importancia del trabajo como factor patógeno, denunciando a su vez nuestra formación médica basada exclusivamente en el “microbio”, monocausal por consiguiente y que resultaba poco apto para el abordaje de las patologías relacionadas con el trabajo, esencialmente multicausales.
- Necesidad del abordaje multidisciplinario. No sólo se debía diagnosticar y tratar enfermedades del trabajo, sino también identificar sus causas para removerlas (prevención primaria). Es por ello que habla de incorporar los estudios de seguridad e higiene (de entrada se incorporaron al proyecto ingenieros especializados en saneamiento ambiental), así como también abordar la psicopatología del trabajo (se incorporan psiquiatras, psicólogos y sociólogos) en gran parte relacionada con los aspectos organizativos del trabajo y de la empresa.
- Necesidad de la participación de los trabajadores, no sólo como “objetos” del estudio, sino como “sujetos” dentro del mismo. Sujetos fundamentales para realizar con éxito las labores preventivas.

Ricardo con su grupo habían desarrollado previamente un trabajo de participación obrera en un importante astillero, Astarsa, donde habían logrado imponer una comisión obrera de control de la seguridad e higiene. También habían efectuado un interesante trabajo sobre trastornos psicológicos ligados a sus condiciones de trabajo en operadoras telefónicas, también con participación de delegadas sindicales. Ambas experiencias significaron sin duda un referente inicial. También los ingenieros expusieron trabajos de campo que habían realizado en algunas empresas en las que habían efectuado controles sobre factores de riesgo producidos por energía física, en particular sobre ruido y ambiente térmico.

Es de reseñar, también, la participación de Carlos Rodríguez quien había estado un año trabajando en la Clínica de Lavoro de Milán en donde tuvo oportunidad de empaparse de la experiencia que se estaba desarrollando en Italia. Su aportación fue otra de las cosas esenciales en la orientación del trabajo en el IMT.

Lo más significativo del trabajo concreto que se iba a desarrollar en el Instituto se centraría en el equipo de médicos. Se establecieron dos líneas de trabajo, una de ellas sobre expuestos a plomo y otra sobre problemas respiratorios, particularmente en trabajadores de la industria cerámica.

El trabajo que tuvo un mayor y mejor desarrollo, al menos el que mostró, a mi modo de ver, mayores y mejores resultados en el corto espacio de tiempo en el que se mantuvo el IMT, fue el de expuestos a plomo.

Dentro del Instituto existían diferencias políticas entre varios de sus componentes y en particular podían señalarse dos grupos con una mayor

significación. Sin embargo considero importantísimo subrayar, también a mi modo de ver, que jamás se pusieron de manifiesto diferencias ideológicas significativas. Ninguna respecto a los objetivos del Instituto. Debo resaltar, también, que funcionábamos con exquisitez democrática, incluso exagerada a veces pues casi a diario nos reuníamos en asamblea. Hubo muchas acciones dignas de destacar y que vienen a indicar que por encima de nuestras diferencias y de algún objetivo particular distinto, en lo esencial funcionábamos con total acuerdo. Una de las que más recuerdo ocurrió a raíz del golpe pinochetista en Chile. Compañeros chilenos, así como uruguayos que se habían exiliado previamente en Chile, vinieron para Buenos Aires. Eran médicos y enfermeras que inmediatamente se integraron con nosotros en el Instituto (quiero señalar de paso que se trataba de compañeros de gran valía). En asamblea decidimos que haríamos un fondo con los salarios de todos los que estábamos nombrados para proceder a repartirlo equitativamente, incluyendo a los que estaban trabajando (los compañeros que habían llegado de Chile) pero a los que por el momento no resultaba fácil conseguir que fueran nombrados. No todos percibíamos el mismo salario de la universidad (creo recordar que los que mayor salario percibíamos éramos Ricardo y yo), pero a efectos reales los equiparamos a todos. Fue sin duda una muestra del espíritu que nos animaba entonces y del cual me queda un gratísimo recuerdo.

Nos llegó una verdadera avalancha de trabajadores expuestos a plomo, hecho que permitió que el grupo dedicado a atender esa población adquiriese preponderancia en el trabajo concreto. Los primeros en venir fueron los de una gran empresa metalúrgica de Avellaneda (Pratti, Vázquez, Iglesias). Poco después vinieron los compañeros de la sección matricería de una gran empresa automotriz, nada menos que FIAT, cuyas plantas estaban en Palomar y en Caseros.

No recuerdo exactamente como llegaron al Instituto solicitando atención, pero lo cierto es que estos trabajadores estaban atendiéndose en la obra social de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y no estaban para nada conforme pues de acuerdo a los resultados de sus análisis, consideraban que en ninguno de ellos se evidenciaba algún grado de intoxicación. Por entonces en la mayoría de los sitios, a los expuestos a plomo les hacían sólo los análisis convencionales de plomo en sangre y orina y coproporfirinas, considerando intoxicación fundamentalmente si sobrepasaba lo 80 microgramos por mililitro de sangre, un umbral que por entonces era el "legalmente aceptado". Nosotros ya habíamos comenzado a cuestionar tal umbral así como la validez de hacer solamente ese tipo de análisis y menos aún sin correlacionar esos datos con determinados hallazgos clínicos.

Luego de hablar con ellos aceptamos estudiarlos. No recuerdo cuantos fueron exactamente, pero sí que eran unos cuantos. Habíamos diseñado ya una historia clínica específica para aplicarla en todos los expuestos a plomo al igual que habíamos establecido el tipo de estudios complementarios a realizar, tanto bioquímicos, como electrofisiológicos. En las determinaciones bioquímicas agregamos a los clásicos de plumbemia y plumburia, el dosaje de la enzima delta-ala-intraeritrocitaria (obviamente en sangre) y el ácido delta-amino-leulínico en orina (prescindimos de las coproporfirinas); los electrofisiológicos

consistían en electromiogramas y medición de la velocidad de conducción nerviosa.

En base a los estudios que realizamos, comprobamos que varios de ellos padecían algún grado de intoxicación. El certificar intoxicaciones en estos trabajadores, chocó evidentemente con los diagnósticos efectuados precedentemente en el servicio médico de la UOM. Esto a su vez produjo un fuerte cabreo de estos trabajadores con el sindicato y para nosotros el pasar a ser objeto de atención de la burocracia sindical. Sin duda muy poca al principio pues el conocimiento de la situación quedaba más bien circunscripta a los límites del servicio médico de la obra social, la que se vio obligada (para no quedar en entredicho) a solicitar a los trabajadores expuestos que consultasen, las ya mencionadas determinaciones enzimáticas. Si bien curiosamente, éstas solían aparecer como normales.

La experiencia negativa que habían empezado a vivir estos trabajadores respecto al comportamiento de su sindicato en la defensa de una cuestión tan sensible como la relacionada con las condiciones de trabajo que estaban afectando a su salud, me dio pié para comenzar a desarrollar sobre un terreno favorable, una acción política en torno a nuestro quehacer profesional. Fue, si bien no el comienzo, pues alguna experiencia ya había acumulado, sí la consecución de un incremento notabilísimo de mi experiencia concreta tanto profesional como política. En lo profesional porque ampliaba mi experiencia sobre exposiciones en otros tipos de trabajo, tanto en aspectos clínicos como en un mayor conocimiento sobre otras condiciones y ambientes de trabajo. Desde el punto de vista político, pues la experiencia que estábamos viviendo nos permitía hablar con estos trabajadores sobre el por qué ocurrían determinadas cosas, tales como la forma de enfermar, la responsabilidad de las patronales sobre las condiciones de trabajo, así como la inacción cuando no la complicidad de los sindicatos en el mantenimiento de ese statu quo.

Antes de proseguir con la experiencia que desarrollamos con este colectivo de trabajadores de Pratti, Vázquez, Iglesias, quisiera hacer una referencia al otro grupo que comenzamos a ver en ese primer periodo, el de los trabajadores de FIAT.

Tampoco recuerdo muy bien cómo llegó al Instituto este grupo de trabajadores, pero es digno de comentar que ya había habido un juicio a la empresa iniciado por un grupo de trabajadores a los que se les había encontrado intoxicación por plomo. No recuerdo en absoluto quién o quienes habían establecido los diagnósticos ni donde, pero se que unos abogados muy listos les ganaron el juicio a la empresa, consiguiendo para los trabajadores una jugosa indemnización y de la que, por supuesto, ellos sacaron también buena tajada. Este hecho tuvo importantes derivaciones que abordaré más adelante.

La experiencia con los trabajadores de FIAT incluyó otra gama de aspectos muy interesantes.

En primer lugar, como aún eran épocas relativamente tranquilas pues Perón estaba a punto de ganar las elecciones a presidente de la República (esto sería

principios de octubre del 73) y estábamos en una institución universitaria y nada menos que de la Universidad de Buenos Aires, conseguimos que una numerosa delegación del Instituto pudiese hacer una visita a la planta industrial de FIAT. Para la mayoría de nosotros, o más bien diría de todos, iba ser la primera vez que visitábamos una gran fábrica automotriz. Hicimos una visita completa que nos llevó unas cuantas horas. Sin duda nos impresionó y nos entusiasmó el hecho de comenzar a verle al menos la “piel” a uno de los mayores representantes de ese gran fenómeno que habría de ser motivo de nuestro estudio. Al usar esta expresión “conocerle la piel” quiero expresar mi experiencia al visitar por primera vez una gran empresa. Si no partes con un gran conocimiento, teórico al menos, de lo que vas a ver, lo más probable es que realices la visita, no te enteres de nada y sólo te lleves una impresión superficial (epidérmica) que será generalmente buena y con la sensación de haber visto algo interesante. Pero incluso aún con un conocimiento teórico o meramente gráfico de lo que vas a ver (planos, fotos o incluso videos o películas), es poco de lo que te llegas a enterar en sólo una visita. Estas grandes y modernas fábricas y mucho más ahora, parecen un quirófano por lo ordenadas y limpias. O sea que necesitas mucha experiencia y ver los lugares de trabajo con mucho detenimiento para enterarte. Esto, más lo principal, contar con el o los propios trabajadores que te muestren el puesto y cómo en realidad trabajan. Sin duda lo pude comprobar y experimentar a lo largo de mis más de 30 años de ejercicio de la profesión y de haber visto decenas y decenas de empresas, algunas de ellas (grandes y muy grandes, inclusive) estudiándolas hasta en los más mínimos detalles.

No obstante nos resultó una visita útil, sobre todo para incrementar nuestro entusiasmo y saber que estábamos al menos avizorando realidades concretas.

Más importante aún fue lo que sucedió en segundo lugar: la reunión ordenada con grupos de trabajadores, quienes comenzaron a describirnos con detalles sus ambientes y condiciones de trabajo. Aquí empezábamos a vivir en la práctica los principios en los que se basaba la experiencia sindical italiana. No estaba personalmente en aquel momento dedicado a muchas lecturas pues la actividad práctica me llevaba la mayor parte del tiempo, pero sí aprovechaba las charlas sobre dicha experiencia y sobre todo las confrontaba con la práctica que estábamos realizando. Estaba pues aprendiendo de la mejor manera, es decir haciendo. Claro que más adelante, cuando tuve la oportunidad de leer mucho y así enriquecer mi bagaje teórico, pude solidificar aún más mis conocimientos y sobre todo comprender mejor lo que uno estaba haciendo. Por ejemplo y esto fue muy importante, comprender que hay métodos y experiencias que aunque hayan dado excelentes resultados en determinados lugares y momentos históricos, pueden fracasar en otras circunstancias, aunque tales fracasos no invaliden la corrección de esos principios metodológicos. Menciono estas cosas de pasada para no desviarme tanto en el relato, pues sobre esta cuestión tan importante he desarrollado varios trabajos a lo largo de estas décadas y a ellos remito a quien tenga interés de profundizar estos temas.

En tercer lugar, comenzamos las revisiones médicas del grupo de trabajadores a quienes les aplicamos el protocolo para expuestos a plomo que ya estábamos usando. Al igual que ocurría con los trabajadores de Pratti,

Vázquez, Iglesias, el atender en consulta a los trabajadores nos permitía charlar con ellos, no sólo de sus problemas concretos de salud que desde luego era lo más importante, sino también de sus condiciones concretas de trabajo, de la atención que le daba el sindicato a esos problemas y consiguientemente con algunos profundizábamos en comentarios políticos, con lo cual estos empezaban a visualizar en qué posiciones estábamos, algo muy importante para que asociaran nuestra forma de trabajo, nuestro enfoque frente a los problemas de salud de los trabajadores y las posiciones políticas que nos sustentaban. Por otra parte comenzábamos a ser referentes de confianza ya que dábamos respuestas concretas a sus problemas concretos, en este caso los relacionados con su salud y el trabajo.

En cuarto lugar, algo que concreté unos tres meses más tarde y que fue fruto de todo este accionar que he comentado: la realización de una numerosa asamblea de estos trabajadores de FIAT para debatir la relación entre sus condiciones de trabajo y los problemas de salud que los afectaban y que les eran comunes a la mayoría. Más adelante detallaré particularmente esta asamblea que para mi ha sido uno de los mayores logros que haya tenido y en los que haya aunado mi quehacer profesional con el político.

Dije anteriormente que haría una referencia más amplia a lo sucedido con los trabajadores de FIAT que habían ganado el juicio por las intoxicaciones y que habían sido convenientemente indemnizados. Resulta muy interesante pues se trata de un fenómeno que por entonces era embrionario pero que pocos años después se generalizó y trastocó la estructura de las empresas, así como las del movimiento obrero, al cual debilitó. Se trata de la descentralización productiva. En este caso concreto, los trabajadores indemnizados pusieron un taller, se convirtieron en patrones y empezaron a asumir un tipo de tareas como las que los habían intoxicado. Buena manera, para la empresa, de eliminar el problema de nocividad en una de sus secciones, exportándola fuera. Esto era por entonces una excepción, en la actualidad es la regla.

En ese último trimestre del año 73, de tan apretadas e intensas actividades, hubo dos que tuvieron una muy significativa importancia: el inicio de un primer curso para trabajadores sobre condiciones de trabajo y salud, éste especialmente dirigido a los trabajadores expuestos a plomo; y la realización de las Primeras Jornadas Nacionales sobre "Medicina del trabajo al servicio de los trabajadores".

Si como he comentado había desarrollado una gran experiencia profesional, especialmente en la investigación clínica y comenzaba a desarrollar también una importante experiencia en el conocimiento de las condiciones y ambientes de trabajo; en cambio no había incursionado aún ni mínimamente en la docencia. Ese curso fue el de mi primera experiencia y en particular recuerdo un hecho muy importante que me dejó una gran enseñanza, una significativa enseñanza. Los trabajadores estaban motivadísimos con la experiencia que estaban desarrollando con nosotros con quienes, además, se sentían convenientemente atendidos. A la vez se hallaban deseosos de conocer cada vez más acerca de las causas que alteraban su salud y los mecanismos de éstas. Ciertamente el hablar con ellos e interrogarlos con minuciosidad estimuló tales deseos. En particular una cuestión se transformó en crucial ya que advirtieron que nosotros

le dábamos gran importancia a la hora de confirmar diagnósticos y controlar su evolución. Se trataba de los dosajes enzimáticos. Entre ellos permanentemente se consultaban acerca de “cómo andaban de la enzima”. Esto no dejaba de causarnos cierta gracia y aparte de tomarles cariñosamente el pelo, les decíamos que no se obsesionaran con tales resultados. Pero la cuestión es que el caso verdaderamente los obsesionaba y también les despertaba curiosidad con lo cual en un momento que estaba hablando dentro del curso sobre las distintas características de la intoxicación por plomo, se pusieron firmes requiriéndome que les explicara lo de la “enzima”. Lo que pensé en ese momento es cómo hacía para explicarles algo que la mayoría de los médicos que no estaban en el tema no tenían ni idea. Es decir, no sabía que decirles y sólo se me ocurrió argumentar que, bueno, era una cuestión muy compleja, que no la iban a entender, etc., etc. Nada, siguieron insistiendo y entonces intervino muy oportunamente Ricardo y me dijo: “tienen razón los compañeros, tenés que explicarles cómo funciona esto de las enzimas, de lo contrario sin querer estamos reproduciendo el modelo de ‘ocultismo médico’ que no es más que otra forma de ejercer poder, escamoteando mediante un lenguaje incomprensible el conocimiento de fenómenos que a ellos les incumben”. Santo remedio, como quien dice, y una gran enseñanza para mí. Comprendí inmediatamente el mensaje y el resultado de esa comprensión fue que encontré la forma y las palabras adecuadas para explicarles todos esos “complejos mecanismos”. Lo entendieron muy bien y quedaron inmensamente satisfechos, pues lo cierto es que no hay nada como tener interés y avidez por saber algo y más aún si ese algo es vital para uno, para entender las cosas, claro está, si te las explican no sólo con conocimiento sino también con honradez, es decir sin ocultar bajo palabrerío hermético, una realidad, algo que suele hacerse con mucha frecuencia y también era algo que estos trabajadores habían sufrido, tanto en el sentido que no le explicaran bien lo que a ellos les pasaba, como que, más grave aún, les falsearan (no podría asegurar, no obstante, si de forma deliberada o por una incorrecta interpretación) los resultados de las pruebas efectuadas.

La preparación de las Jornadas fue otro momento de excepcional aprendizaje. Su realización, también debo decirlo, contó con algunos aspectos dignos de un cambalache discepoliano, ya que en las mismas, al igual que “la biblia junto al calefón”, participaron grupos de trabajadores de tendencias anti burocráticas, junto a históricos burócratas, si bien debemos reconocer, como atenuante, que se trataba de burócratas enfrentados con la conducción oficial de la CGT. También participaron algunos representantes de la medicina del trabajo “tradicional”, es decir, para nada compatibles con nuestra orientación.

Pero, repito, más allá de todo eso, las Jornadas resultaron todo un hito en la historia de la medicina del trabajo en Argentina con una significativa participación de trabajadores.

Porque lo más importante fueron las exposiciones de los trabajadores de FIAT quienes hicieron un análisis riguroso de sus condiciones y ambientes de trabajo, al igual que lo hicieron los compañeros trabajadores de Pratti, Vázquez, Iglesias.

También participó un trabajador gráfico de una de las más importantes empresas editoras de Argentina (Abril) quien analizó las condiciones y ambiente de trabajo

a las que estaban expuestos él y sus compañeros. No era un caso de exposición al plomo, aunque se tratase de una empresa gráfica, sino de exposición al cromo hexavalente de los baños electrolíticos, que en ese momento aún no era reconocido oficialmente como cancerígeno (ahora es reconocido) pero del cual teníamos fundadas sospechas, que este compañero también supo exponer.

Una exposición particularmente emotiva fue la de un trabajador de Mina Aguilar en Jujuy, una mina de plomo. Describió con gran claridad no sólo sus condiciones de trabajo, sino también sus condiciones de vida y su entorno laboral y social.

Y por supuesto la participación de los equipos profesionales del Instituto, que elaboraron distintas ponencias.

Tanto los discursos pronunciados, como las ponencias, fueron luego editados por la prestigiosa Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) en un libro que tuvo una gran difusión, hasta que la intervención fascista en la Universidad de Buenos Aires que se produjo hacia septiembre u octubre de 1974, es decir cuando ya gobernaba "Isabelita" tras la muerte de Perón, lo sacó de circulación. Por suerte conservo un ejemplar del mismo.

La realización exitosa de esas Jornadas nos dio nuevo impulso, así como también nos puso aún más en la mira de la burocracia.

Pero todavía estábamos muy fuertes y eso nos permitía plantearnos metas ambiciosas. Estábamos viviendo un momento excepcional que lamentablemente no he vuelto a vivir, al menos con esa intensidad. Eran los trabajadores los que estaban encima nuestro exigiéndonos respuestas concretas, pero esa presión nos hacía aún más fuertes y a la vez nos permitía entablar con ellos un debate que trascendía lo sindical, algo que podíamos hacer con total claridad pues habíamos conquistado su confianza en esta práctica común.

En la docencia dimos un salto cualitativo importante e incluso podríamos decir que atrevido en un aspecto simbólico. Dimos clases para trabajadores en la propia aula magna de la Facultad de Medicina.

Demasiada transgresión como para que pudiésemos librarnos de no caer "en el ojo de la tormenta", pero mientras tuvimos ocasión de poder desarrollar a fondo todas estas distintas experiencias, lo aprovechamos con todo.

Fue en ese marco que les propuse al grupo de trabajadores de FIAT realizar una asamblea, propuesta que tuvo una buena acogida. Conseguí un aula del Hospital Escuela, donde funcionaba el Instituto, para un sábado después del mediodía. En la actualidad, convocar a una reunión de trabajadores aún para tratar este tipo de problemas que los afectan, un sábado por la tarde o incluso un viernes por la tarde es impensable que de algún resultado. Sin duda eran otras épocas. Asistieron nada menos que 300 trabajadores quienes no sólo oyeron con atención mi exposición, sino que en el debate, que fue lo más prolongado e interesante de esa reunión, se discutió con gran rigurosidad y serena atención por parte de todos. Uno de los problemas particulares que preocupaba a una

gran mayoría de trabajadores, eran los problemas sexuales y no sólo a estos de FIAT, puesto que ya había tenido suficiente experiencia con los trabajadores gráficos o los de Pratti, Vázquez. Una gran mayoría de los expuestos manifestaba, sobre todo, disminución de la libido que sin duda era más acentuada en aquellos que padecían una mayor intoxicación. No hay duda que es un tema que en el interrogatorio a solas con el paciente y habiendo una relación de confianza con el médico, puede aflorar y ser bien abordado; pero abordarlo en público no sólo que nos puede parecer complicado e incluso no saber muy bien cómo hacerlo, sino que hasta te puede resultar inimaginable. Sorprendentemente la cuestión salió en el debate de la forma más natural, impulsado por los propios trabajadores. Pero no acabaron aquí las sorpresas. Uno de los trabajadores fue con su mujer y fue ella quien pidió la palabra para reafirmar que lo que comentaban los trabajadores al respecto era muy cierto. Mi marido, dijo la mujer, desde hace un tiempo ha perdido todas las ganas de tener relaciones; pero nosotros tenemos una relación de muchos años y el no se comportaba así en absoluto, sino que le empezó a suceder algunos meses después de haber comenzado a trabajar en esa sección (se refería a la sección matricería, donde tenían una gran exposición al plomo). Ahí los están envenenando, afirmaba rotundamente la mujer. Todos absolutamente todos los trabajadores oían con seria atención, asintiendo. No vi que se esbozara ni siquiera una sonrisa nerviosa. Me resultó muy emocionante. ¡Qué gran lección estaba recibiendo! ¡Que gran potencial de comprensión de los problemas de fondo, condición necesaria, para llevar adelante acciones de lucha! Además me dejó admirado el sencillo razonamiento epidemiológico, digamos: orientar las causas de los problemas de salud hacia el ambiente, fundamentándolas en aspectos temporales pues señalaba que los problemas habían aparecido cuando en esa sección cambiaron las condiciones de trabajo, pues anteriormente no empleaban plomo.

A raíz precisamente de estos cambios en las condiciones de trabajo, pudimos abordar el significado concreto de la dependencia tecnológica, pues dichos cambios ocurrieron como consecuencia de que se empezó a fabricar el modelo 125 que ya se había hecho en Italia. Las matrices venían con fallos que debían rellenarse con estaño (60% de plomo) que luego se pulían, o sea que se desprendían en el ambiente de trabajo finísimas partículas de óxido de plomo. Era la demostración de cómo tecnologías ya amortizadas en los países centrales eran enviadas a sus filiales de países periféricos.

Casi contemporáneamente vine a enterarme de que en otra empresa, una fundición de plomo en este caso, los trabajadores comenzaban a movilizarse también porque había casos que ellos consideraban que eran intoxicaciones, sin embargo no eran reconocidas como tales.

El trabajo con los compañeros de INSUD vino a expresar un enorme salto cualitativo en nuestra accionar, pues aquí confluyeron todas las formas de lucha vigentes en ese momento: la lucha por la salud en la fábrica en la que nosotros aportábamos nuestro saber profesional y los trabajadores la decisión de llevar la lucha hasta las últimas instancias; la movilización barrial; la denuncia de este caso en el Parlamento, presentada por ese gran intelectual y luchador revolucionario, diputado en ese momento, Ortega Peña, que fue acompañada

por una gran movilización frente al Congreso (Ortega Peña fue asesinado pocos meses después por los esbirros de la siniestra organización Tiple A, creada por el que fuera el secretario privado de Perón y ministro de su gobierno).

Los trabajadores de INSUD iniciaron una huelga, hecho de por sí trascendental puesto que han sido siempre absolutamente excepcionales las huelgas cuyo objetivo fuese la defensa de la salud en el trabajo (aquí en España, que yo recuerde, esto es un hecho inédito). No era precisamente el tipo de huelga en que una gran parte de los trabajadores como solía decirse, aprovechaban para quedarse en sus casas tomando mates. No, fue verdaderamente activa y un punto central de concentración lo constituyó la creación de una “olla popular”. Esta “olla popular” mantenida con la colaboración del vecindario servía para la realización de reuniones y charlas de manera permanente y para que se acercaran algunas organizaciones a mostrar su solidaridad.

En estas reuniones se produjo un aporte verdaderamente extraordinario y aleccionador, la presencia de la directora del colegio de la zona junto a algunas maestras quienes con agudeza y rigor expusieron que observaban trastornos de aprendizaje en muchos niños, considerando ellas que no podía deberse a niños abandonados o con mal estado de nutrición puesto que eran hijos de familias trabajadoras, es decir no carenciadas entonces y que por tanto, albergaban la sospecha que ese fenómeno pudiera tener alguna relación con la contaminación ambiental. Sin duda una exquisita y certera observación epidemiológica puesto que sabíamos ya que había numerosos trabajos de investigación realizados en otros países industrializados en los que se había observado estrecha correlación entre contaminación de suelos en los alrededores de fábricas en las que se empleaba plomo (tales como fundiciones) y trastornos de conducta y aprendizaje en niños que habitaban (y desde luego, jugaban) en dichas zonas. Sabemos también que los niños son especialmente sensibles a la intoxicación por este metal pesado. Le comenté a Estela Jiménez (Jefa de Toxicología del Hospital de Niños) estos hechos y se entusiasmó con la idea de hacer conjuntamente un estudio epidemiológico en la zona. Lo comenzamos a planificar, pero la intervención fascista de la Universidad ocurrida poco después de la muerte de Perón y ya estando como Presidente de Gobierno, “Isabelita”, abortó dicha investigación que sin duda hubiese resultado señera. Nunca más se volvieron a plantear investigaciones de esta naturaleza y podemos decir que esto también ha sido, como se dice ahora, uno de los “daños colaterales” de la dictadura, que tampoco fue revertida con la instauración nuevamente de gobiernos constitucionales (me abstengo de calificarlos como “democráticos”). Tampoco, lamentablemente, quedan muchos que hayan vivido o recuerden esas experiencias.

Como los trabajadores se encontraban muy empeñados en su trabajo en el barrio donde las reuniones eran permanentes alrededor de la “olla popular” y por otra parte estaban preparando la movilización hacia el Congreso, decidimos hacer otra movida importante con la colaboración de los vecinos: Nos trasladamos los del equipo médico del Instituto dedicados a ver los expuestos a plomo, al propio barrio donde en casas de algunos de estos vecinos improvisamos los consultorios. Incluso la extracción de sangre para los análisis al igual que la recogida de orina, que necesitan la aplicación de medidas muy estrictas para

evitar la contaminación de las muestras que pudiesen falsear los resultados, las hicimos ahí pues para eso contábamos con material y personal de enfermería altamente capacitado, y con nuestros propios vehículos rápidamente llevábamos las muestras al laboratorio.

Me imagino que en alguna hemeroteca podrán encontrarse ejemplares de entonces de “Nuevo Hombre” y “Militancia”, ambas publicaciones recogieron muy bien los sucesos de INSUD. También existe una filmación efectuada por los compañeros del grupo de “Cine de la Base”.

Poco tiempo más duró nuestra actividad en el Instituto así como la docencia en la Facultad de Medicina. A la muerte de Perón asumió Isabelita y con ella se estableció en el gobierno un claro dominio de la ultraderecha. Como rector de la UBA fue designado un declarado fascista, Otalagano, por consiguiente era un hecho evidente que no se dejaría en pie nada de lo que había sido montado a partir de la asunción de Cámpora como presidente de Gobierno. Aún antes de ser formalmente expulsados, la represión había crecido enormemente y prácticamente no podíamos sostener las actividades que veníamos desarrollando. Como dije precedentemente, la actividad en el Instituto de Medicina del Trabajo y en la cátedra de medicina social de la Facultad de Medicina, aunque fue desarrollada en un escaso periodo de tiempo, me dejó (y creo que nos dejó a todos) enormes enseñanzas y una rica experiencia. En primer lugar la confirmación que el aprendizaje sólo se consolida haciendo, sin menoscabar la necesidad de contar con amplios conocimientos teóricos unidos a cierta experiencia previa. Que esto en los casos a los que estoy refiriéndome vale tanto para los profesionales, como para los trabajadores. El dar respuesta por nuestra parte a cuestiones concretas y sentidas por los trabajadores nos estimularon recíprocamente, consolidó la confianza mutua y a partir de aquí fue posible trascender las cuestiones personales que tratábamos en la consulta individual, para abordarlas colectivamente en los cursos, en los que tratamos no sólo las consecuencias (síntomas y signos) sino fundamentalmente sus causas (las condiciones de trabajo) las cuales se encuentran enmarcadas en un determinado modelo económico, político, social y cultural, constituyendo el centro de la explotación capitalista en las empresas y que a la vez induce la alienación de los trabajadores. En una palabra, en estas tenidas en las que partíamos de un hecho concretito, la intoxicación por plomo, terminábamos desarrollando un curso en el que empleábamos clásicos conceptos marxianos, sin necesidad de mencionar ni a Marx, ni a Lenin, ni al Che, aunque sí exponiendo lo que muchos de nosotros habíamos aprendido de estos.

Estas experiencias me permitieron conocer la “metodología sindical italiana para el estudio de la nocividad en el trabajo” que luego enriquecí al llegar a Italia tres años después. Confirmé que los criterios planteados por la metodología italiana y que nosotros aplicamos en Argentina durante esos primeros años 70, no sólo eran correctos entonces sino que tienen total vigencia en la actualidad. Pero, hay un pero muy importante: es imposible llevarlos a la práctica en cualquier momento. Se necesita del auge no sólo cuantitativo sino esencialmente cualitativo de las luchas de la clase trabajadora, para que se puedan implementar. Al llegar a Italia en el 77 tuve ocasión de realizar experiencias de campo con compañeros profesionales y cuadros sindicales de la CGIL, así como

conocer a los hacedores principales de esa metodología. Pero, ya estaba perdiendo fuerza porque las luchas sindicales estaban quedando sin fuelle desde el comienzo de la crisis del 73. No obstante se llegó a dejar plasmada esta experiencia sindical italiana en una "Ley de reforma sanitaria", que recogía sus principios fundamentales. Esta Ley aprobada a finales de los 70, tuvo una corta efectividad, puesto que poco después, con el triunfo de la contrarrevolución conservadora de comienzos de los 80, encabezada por Reagan, Thatcher y Juan Pablo II, como tantas otras conquistas, quedaron aplazadas.

Otra comprobación, y esta ya rotunda, de que un método correcto, justo y necesario puede fracasar tanto si no se cuenta con una base cultural previa, como si no se realiza en el momento adecuado ni se sabe adaptar a las circunstancias de ese lugar. Y eso fue lo que experimenté en España.

Tengo bastante escrito sobre este tema en particular por lo que aquí solo expresaré sus aspectos más salientes.

También en España, al final del franquismo, las luchas obreras alcanzaron una gran intensidad, coincidiendo con el auge que tales luchas tenían en el resto de Europa. Esto dio origen a las Comisiones Obreras que llegaron a transformarse durante la llamada "Transición" en un importante movimiento obrero sociopolítico de izquierdas.

Principalmente a través del grupo de exiliados argentinos que habíamos desarrollado la experiencia que comenté precedentemente, se llegó a conocer por aquí la experiencia sindical italiana que llegó a entusiasmar a un grupo de profesionales. Se efectuaron experiencias interesantísimas en importantes empresas pues los activistas sindicales de las mismas rápidamente asumieron los principales conceptos metodológicos y fueron capaces de impulsarlos en sus lugares de trabajo.

Alcance a vivir estas experiencias y debo decir que se corresponde con los mejores momentos que viví en España. Tenían estos activistas sindicales las mismas características de los mejores activistas sindicales que había conocido en Argentina y en Italia. Pero esto duró poco pues a la falta de tradición en este tipo de actividades se sumaron los negativos efectos de la ya mentada contrarrevolución conservadora. Esta fabulosa experiencia engendrada por los trabajadores y profesionales progresistas y de izquierdas de Italia aquí quedó en mano de mediocres medradores quienes con su bastardeo de la misma terminaron desprestigiándola. Usaron e incluso en ocasiones siguen usando estos principios como consignas absolutamente vacías de contenido. Una gran pena. Pero, así es la vida.